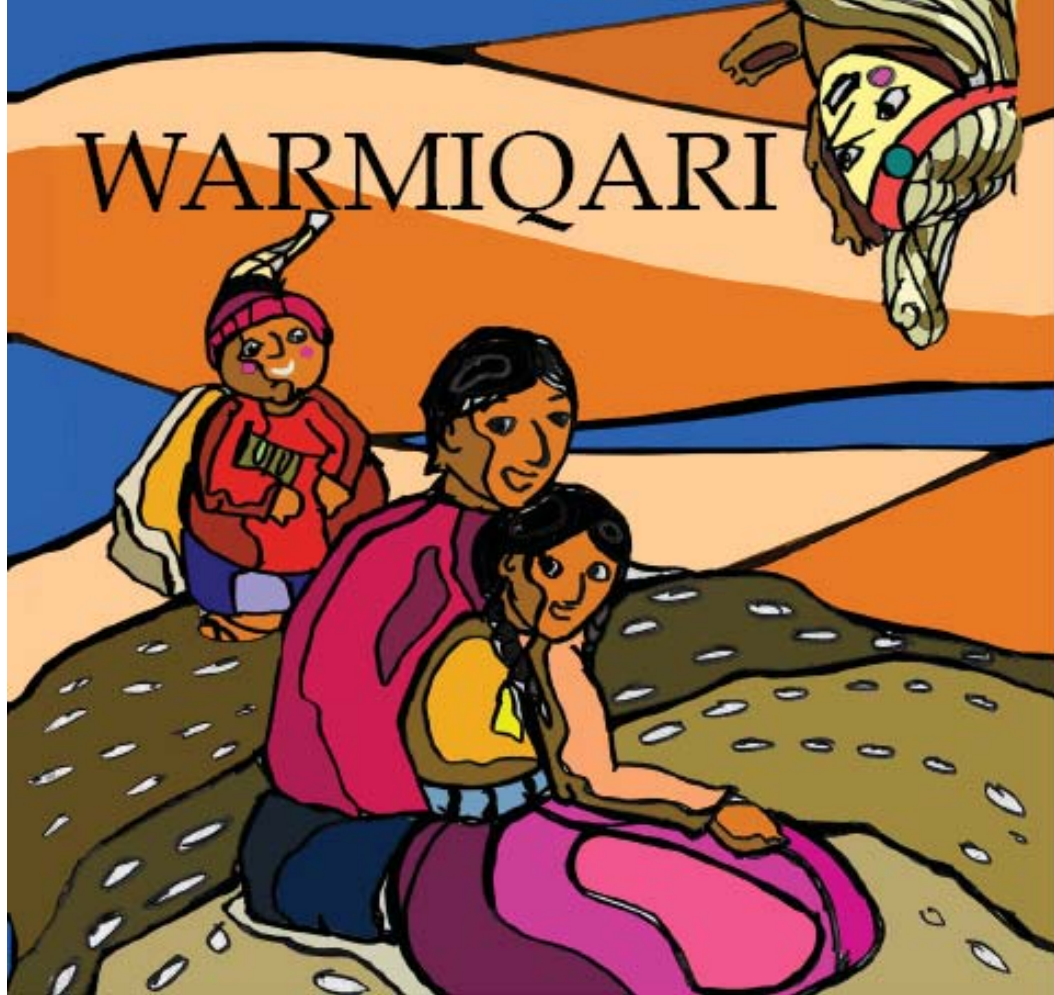



WARMIQARI



WARMIQARI




En un pintoresco poblado, ahí donde
el sol despierta por las montañas y corre luego
a dormir al monte, una dedicada esposa salía
puntualmente cada mañana cerca del camino. Junto a un árbol de molle
que la cubría con su sombra, esperaba ansiosa el regreso de su esposo.

-Pronto, pronto se decía la mujer - ya viene pronto, con las
manos marcadas por el cansancio y en sus ojos la ilusión de ver el hogar.

Con gran prisa aseaba a los hijos, daba de comer a los cuyes, sacaba
la maleza de la chacra y tostaba la cancha, ningún detalle pasaba
por alto. Todo estaría dispuesto cuando llegara su compañero,
pero ese día no se apareció.





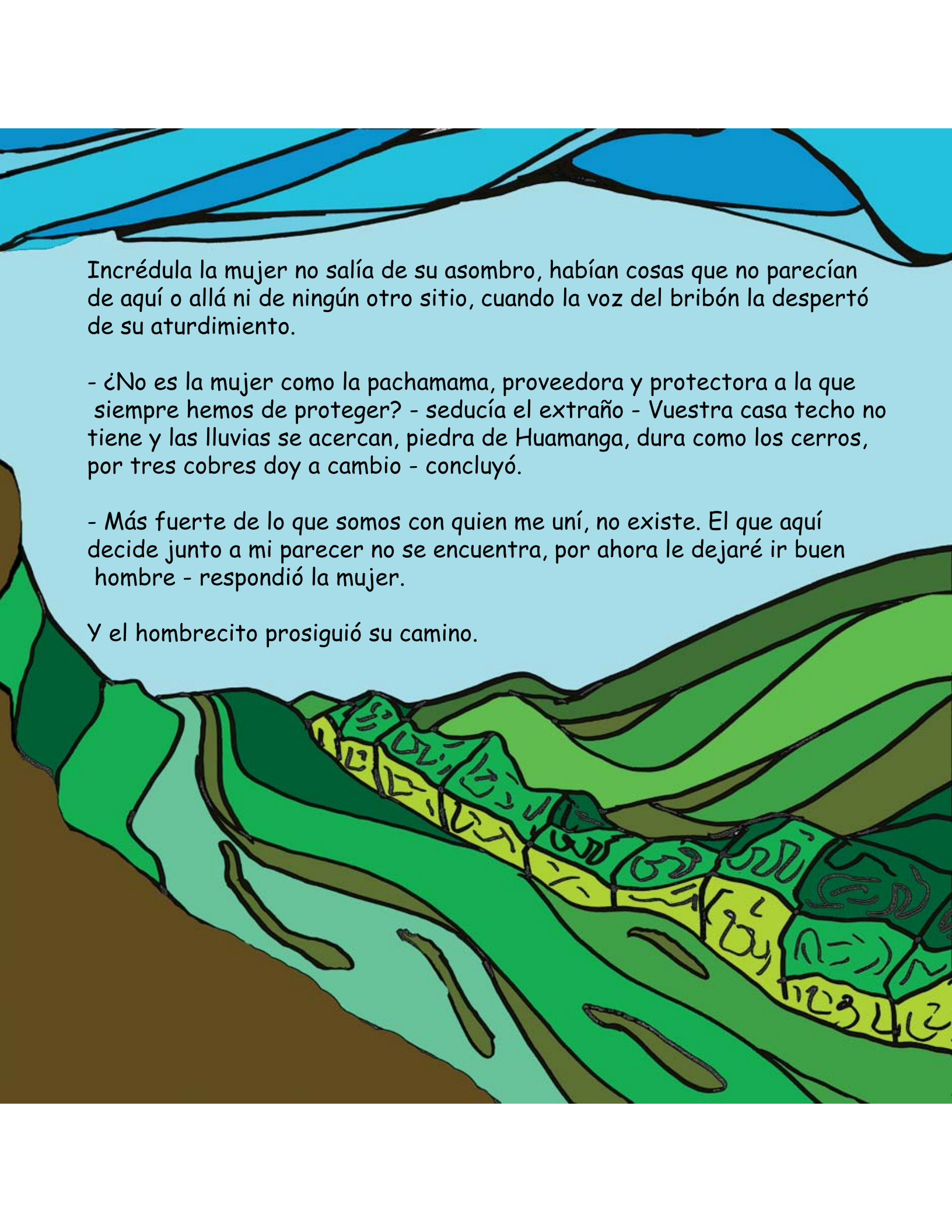


Una tarde con poco sol, vociferaba por
los caminos un singular ekeko, de mirada saltona
y sonrisa torcida, cargaba sobre sus hombros enormes
bultos de donde parecían salir crujidos metálicos.

¡Aquí, aquí, vengan! - insistía el pícaro - Tengo de
todo y más. Lo que nunca vieron pero necesitan y lo que
nada requieren pero desesperan de tener.

La mujer curiosa sonreía tímida, el hombrecito al verla frente suyo
se le acercó como un rayo y abrió su desgastada
bolsa. Dentro, miles de objetos de distintas formas y colores
capturaban la atención de la muchacha.





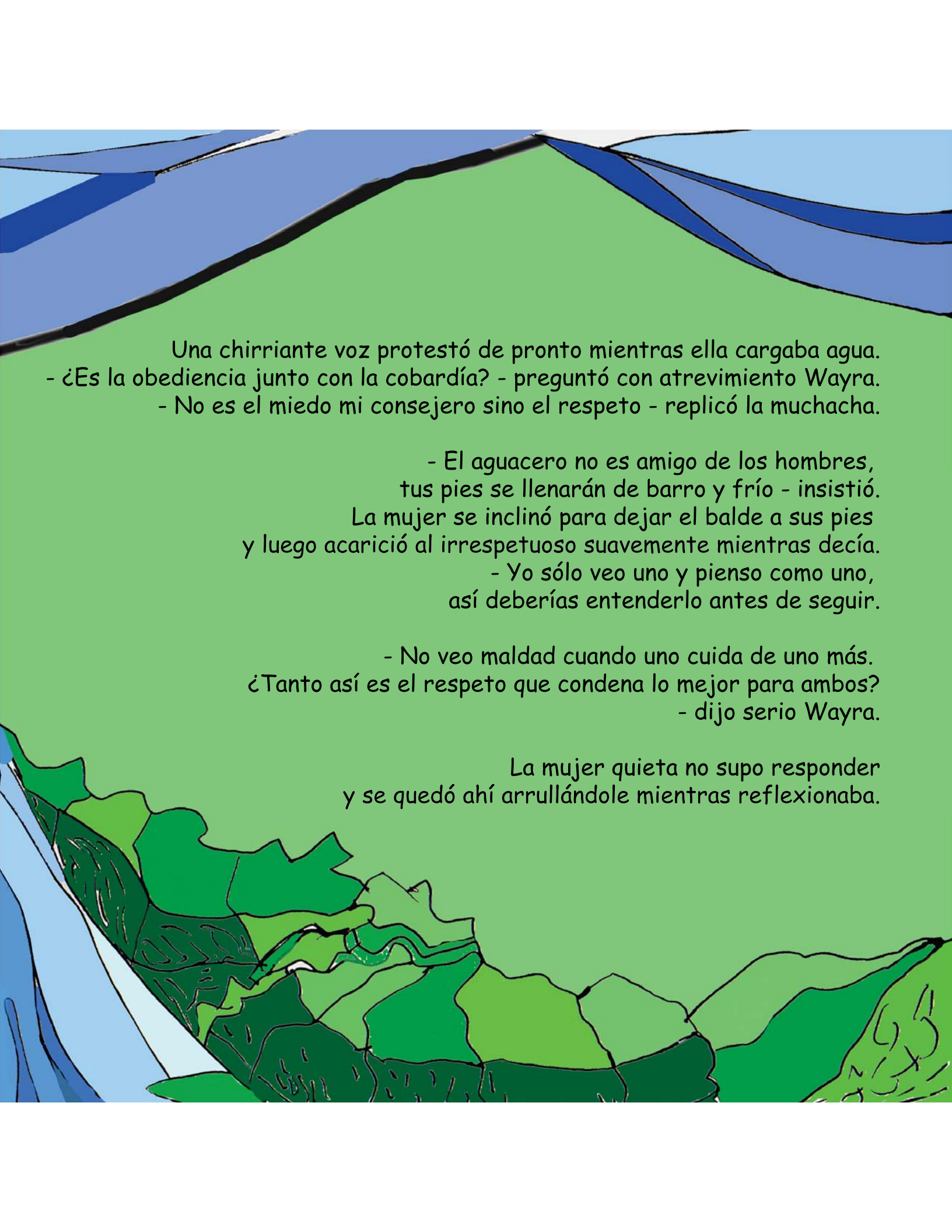
Incrédula la mujer no salía de su asombro, habían cosas que no parecían de aquí o allá ni de ningún otro sitio, cuando la voz del bribón la despertó de su aturdimiento.

- ¿No es la mujer como la pachamama, proveedora y protectora a la que siempre hemos de proteger? - seducía el extraño - Vuestra casa techo no tiene y las lluvias se acercan, piedra de Huamanga, dura como los cerros, por tres cobres doy a cambio - concluyó.

- Más fuerte de lo que somos con quien me uní, no existe. El que aquí decide junto a mi parecer no se encuentra, por ahora le dejaré ir buen hombre - respondió la mujer.

Y el hombrecito prosiguió su camino.





Una chirriante voz protestó de pronto mientras ella cargaba agua.
- ¿Es la obediencia junto con la cobardía? - preguntó con atrevimiento Wayra.
- No es el miedo mi consejero sino el respeto - replicó la muchacha.

- El aguacero no es amigo de los hombres,
tus pies se llenarán de barro y frío - insistió.
La mujer se inclinó para dejar el balde a sus pies
y luego acarició al irrespetuoso suavemente mientras decía.
- Yo sólo veo uno y pienso como uno,
así deberías entenderlo antes de seguir.

- No veo maldad cuando uno cuida de uno más.
¿Tanto así es el respeto que condena lo mejor para ambos?
- dijo serio Wayra.

La mujer quieta no supo responder
y se quedó ahí arrullándole mientras reflexionaba.



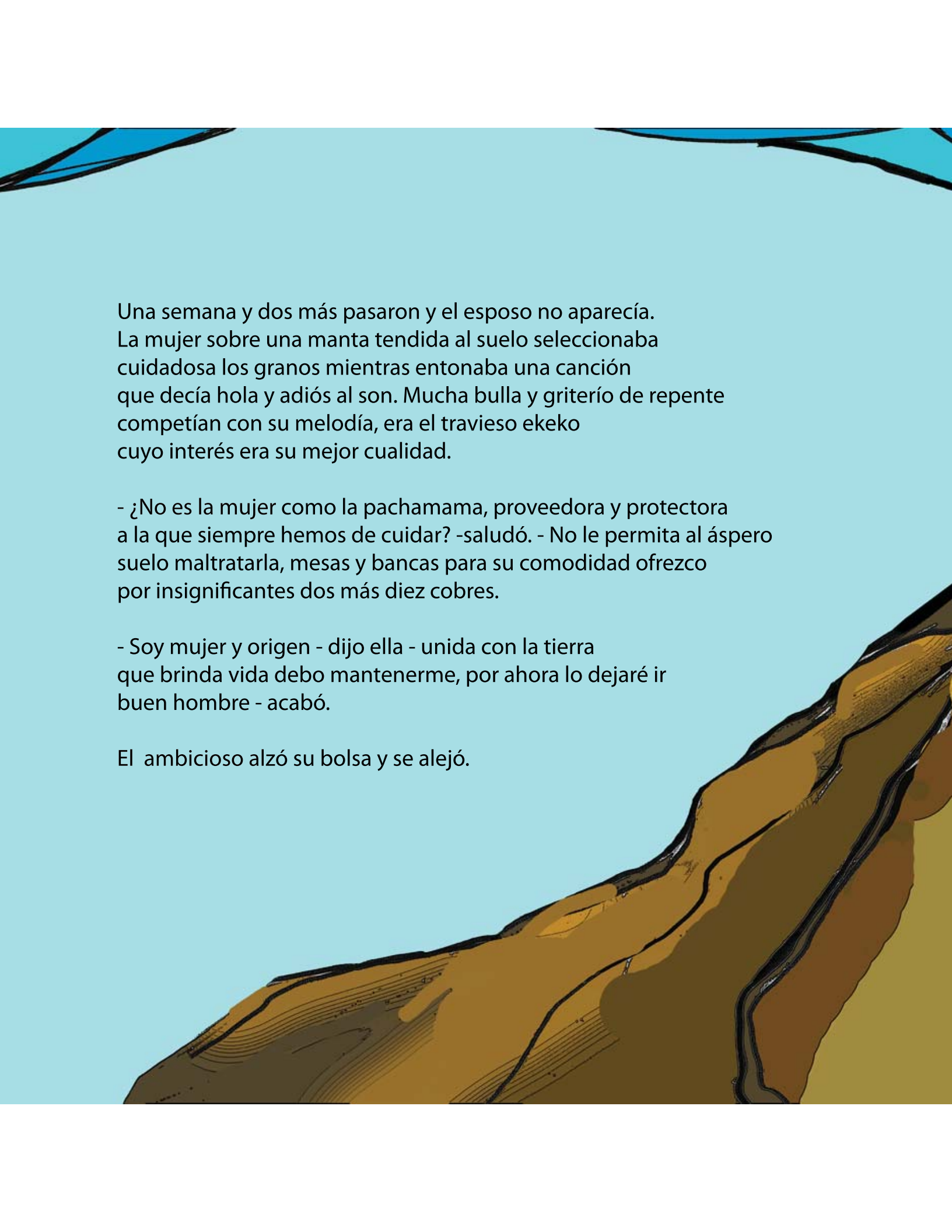
A la mañana siguiente, una imponente fortaleza se erigía en medio del camino. Dura como un peñón, su macizo aspecto hacía recordar las crueles heladas de invierno. La casa de la mujer, ahora de piedra, hacía retroceder al viento y el granizo.

- ¿Quién vive ahí? - preguntaba indiscreta la gente.

- La esposa desobediente, decían unos a otros, que llevó tranquilidad más protección a su hogar y con su sonrisa impide la osadía de quienes murmuran.

- Ahora tienes un hogar abrigado donde proteger a quienes amas, eso se llama "responsabilidad" y tu esposo estará contento de ti - dijo Wayra. La mujer orgullosa contagiaba su alegría a los vecinos desde la puerta de su casa.





Una semana y dos más pasaron y el esposo no aparecía.
La mujer sobre una manta tendida al suelo seleccionaba
cuidadosa los granos mientras entonaba una canción
que decía hola y adiós al son. Mucha bulla y griterío de repente
competían con su melodía, era el travieso ekeko
cuyo interés era su mejor cualidad.

- ¿No es la mujer como la pachamama, proveedora y protectora
a la que siempre hemos de cuidar? -saludó. - No le permita al áspero
suelo maltratarla, mesas y bancas para su comodidad ofrezco
por insignificantes dos más diez cobres.

- Soy mujer y origen - dijo ella - unida con la tierra
que brinda vida debo mantenerme, por ahora lo dejaré ir
buen hombre - acabó.

El ambicioso alzó su bolsa y se alejó.





Sobre el techo de la casa retozaba Wayra cuando la mujer venteaba los granos de quinua con el tullu puku. Incómoda le lanzó un estridente quejido.

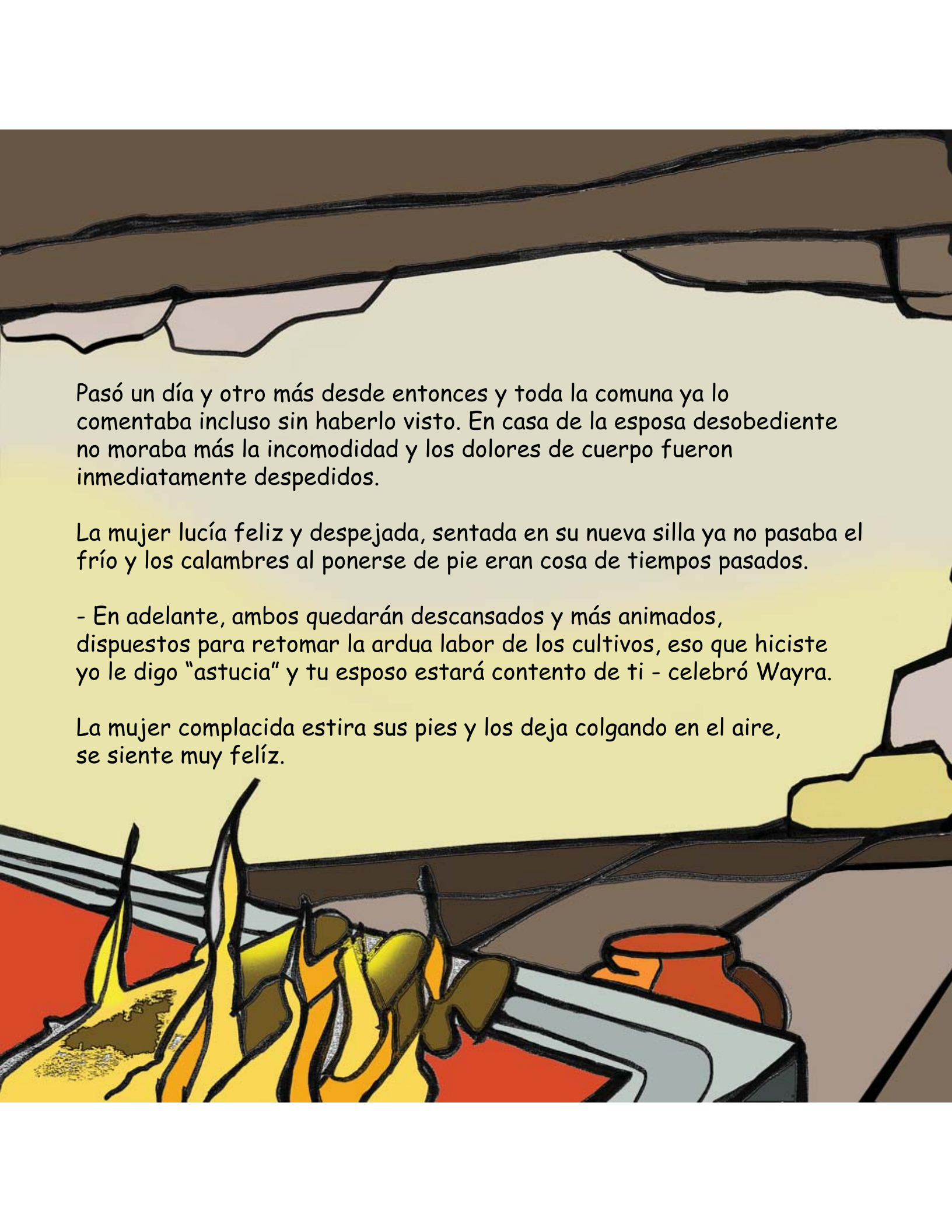
- ¡No es posible, no lo creo, como la serpiente te comparas, siempre envuelta de la tierra que otros pisan!
- Somos fieles guardianas de nuestras costumbres, sin nosotras no hay conciencia de lo que fuimos ni seremos - se defendía la mujer.
- Eres de la chacra, el cerro y la semilla. Tus pies siempre hinchados de recorrer los cultivos y en tus manos las marcas de la tierra.

La mujer fastidiada se incorpora y sacude sus mantos con fuerza, un intenso polvo se levanta y la cubre.

- Qué importa si no veo lo que haces, más concierne lo que uno realmente siente - añadió Wayra.

Pensativa la esposa se detiene un momento y luego entra a su casa.





Pasó un día y otro más desde entonces y toda la comuna ya lo comentaba incluso sin haberlo visto. En casa de la esposa desobediente no moraba más la incomodidad y los dolores de cuerpo fueron inmediatamente despedidos.

La mujer lucía feliz y despejada, sentada en su nueva silla ya no pasaba el frío y los calambres al ponerse de pie eran cosa de tiempos pasados.

- En adelante, ambos quedarán descansados y más animados, dispuestos para retomar la ardua labor de los cultivos, eso que hiciste yo le digo "astucia" y tu esposo estará contento de ti - celebró Wayra.

La mujer complacida estira sus pies y los deja colgando en el aire, se siente muy feliz.





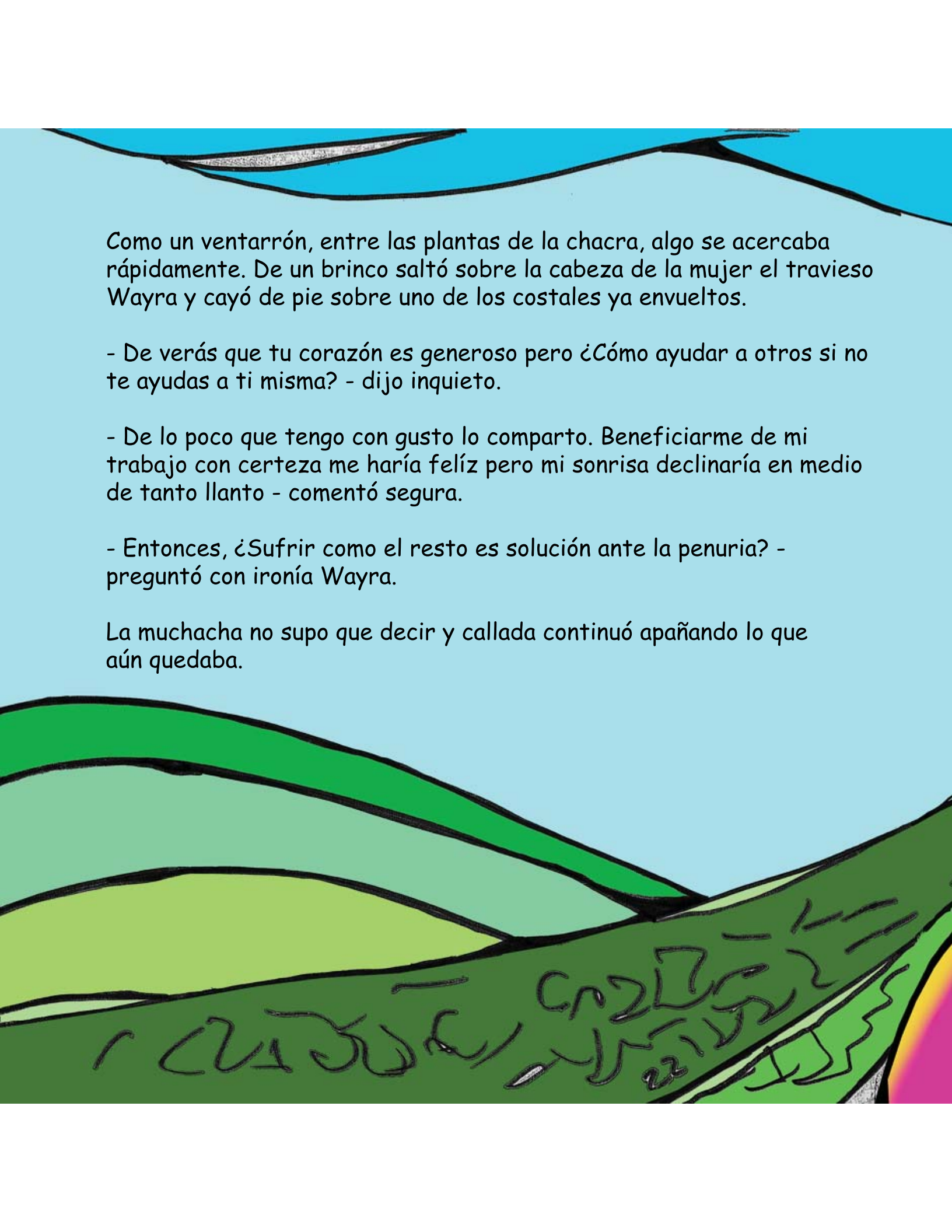
Era momento de apañar el maíz, con un enorme sombrero que la protegía del arduo sol, la mujer trabajaba sin respiro. Un silbido oculto entre las matas de pronto la llamaba y ella avanzó hasta descubrir al dueño. Era el pícaro ekeko quien sorprendido apreciaba las mazorcas.

- ¿No es la mujer como la pachamama, proveedora y protectora a la que siempre hemos de auxiliar? - susurró el hombrecito - No lastime su espalda con el peso de su cosecha, una ágil carretilla por solo un montón menos 20 cobres doy como oferta, así llegará pronto al mercado.

- No vendo lo que otros aquí necesitan para vivir, en un mejor momento tal vez, por ahora lo dejaré ir - finalizó la mujer.

Y el hombrecillo desapareció entre los cultivos.





Como un ventarrón, entre las plantas de la chacra, algo se acercaba rápidamente. De un brinco saltó sobre la cabeza de la mujer el travieso Wayra y cayó de pie sobre uno de los costales ya envueltos.

- De verás que tu corazón es generoso pero ¿Cómo ayudar a otros si no te ayudas a ti misma? - dijo inquieto.

- De lo poco que tengo con gusto lo comparto. Beneficiarme de mi trabajo con certeza me haría feliz pero mi sonrisa declinaría en medio de tanto llanto - comentó segura.

- Entonces, ¿Sufrir como el resto es solución ante la penuria? - preguntó con ironía Wayra.

La muchacha no supo que decir y callada continuó apañando lo que aún quedaba.





Transcurrió todo un mes y del señor nadie daba razón pero su esposa era noticia y de ella se comentaba día tras día.

Las mazorcas de choclo de sus cultivos se hicieron famosas apenas llegaron al mercado y en el momento, foráneos y viajeros visitaban curiosos el lugar de tan magnífico producto.

- Lo que has vendido traerá provecho y oportunidades, dejarás de estar atrás para liderar y enseñar a otros con tu ejemplo, ahora podrán llamarte "emprendedora" y tu esposo estará muy orgulloso de ti.

La esposa satisfecha acomodaba los costales y sonreía ilusionada mientras despancaba el maíz.





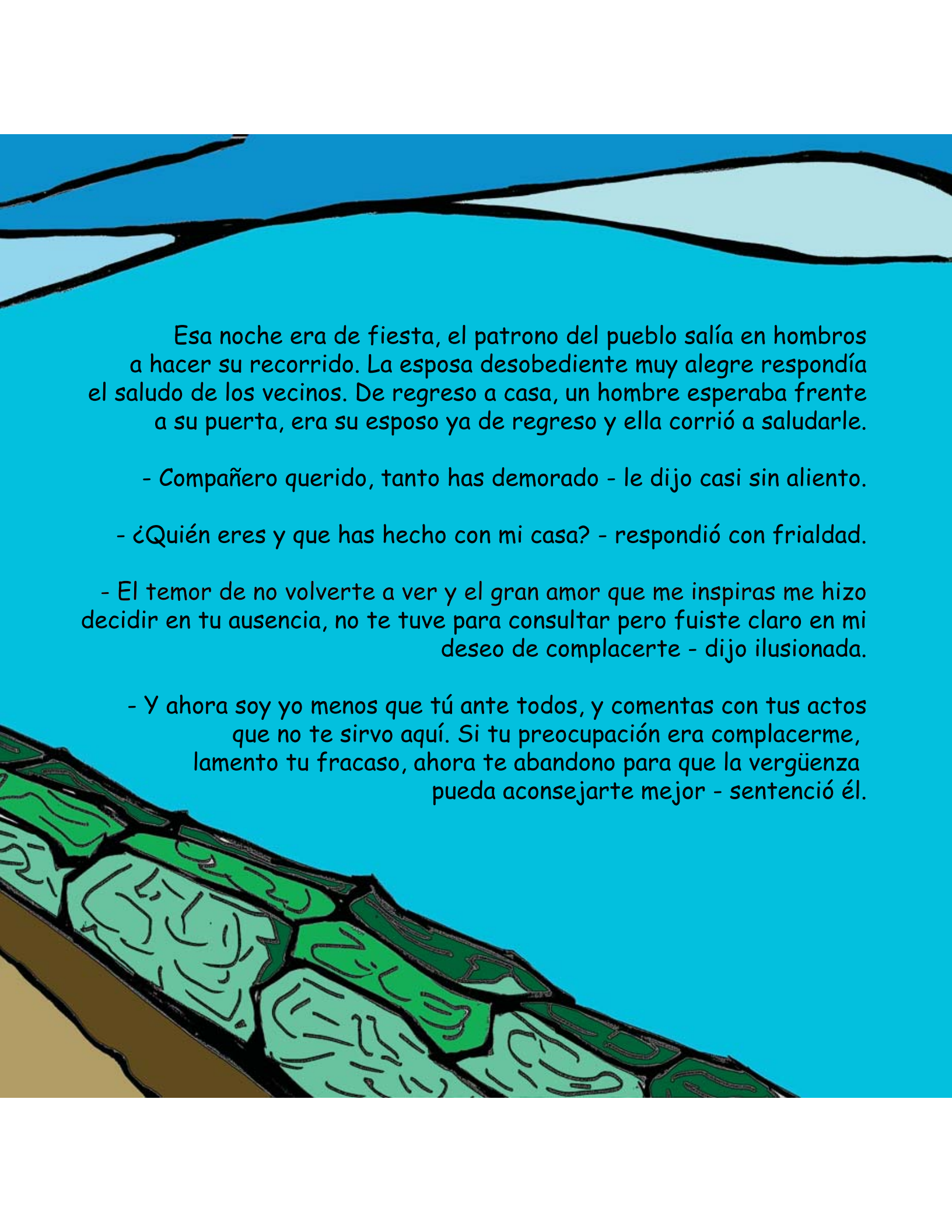


Y así se pasaron dos semanas después de un mes y el esposo de su viaje aún no tenía fecha de retorno. En tanto, en el pueblo se podía respirar una enorme satisfacción, el número de visitantes creció y con ello una inesperada prosperidad.

En el lugar todos admiraban a la desobediente esposa y hasta el alcalde fue a felicitarla. Pero ella mantenía su espíritu dócil y todos los días, mientras limpiaba su casa o cuidaba de la chacra, tarareaba una melancólica canción que la hacía recordar a su esposo.

¿Porque demoras tanto? ¿Donde estarás?, parecía preguntarse y sus ojos se llenaban de lágrimas.





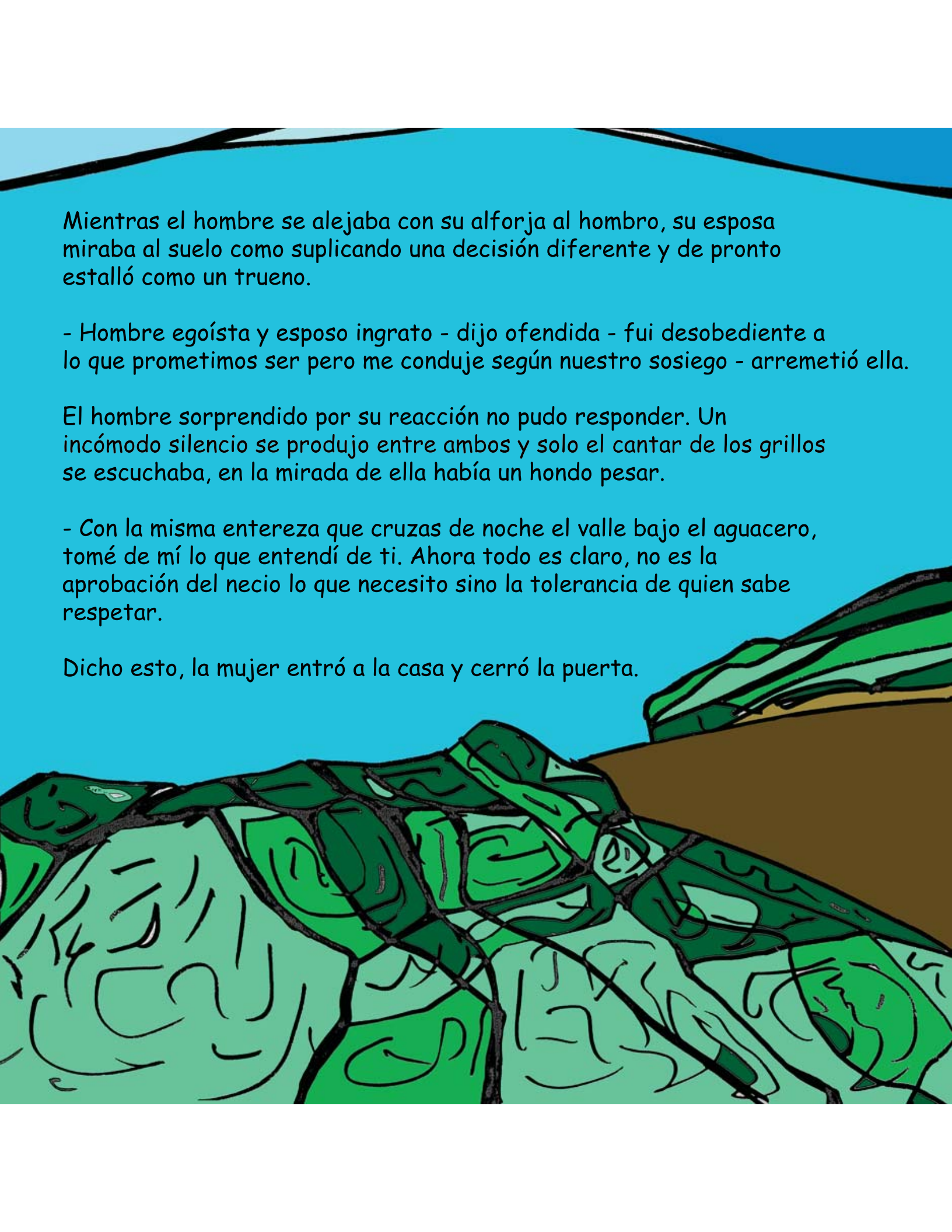
Esa noche era de fiesta, el patrono del pueblo salía en hombros a hacer su recorrido. La esposa desobediente muy alegre respondía el saludo de los vecinos. De regreso a casa, un hombre esperaba frente a su puerta, era su esposo ya de regreso y ella corrió a saludarle.

- Compañero querido, tanto has demorado - le dijo casi sin aliento.

- ¿Quién eres y que has hecho con mi casa? - respondió con frialdad.

- El temor de no volverte a ver y el gran amor que me inspiras me hizo decidir en tu ausencia, no te tuve para consultar pero fuiste claro en mi deseo de complacerte - dijo ilusionada.

- Y ahora soy yo menos que tú ante todos, y comentas con tus actos que no te sirvo aquí. Si tu preocupación era complacerme, lamento tu fracaso, ahora te abandono para que la vergüenza pueda aconsejarte mejor - sentenció él.



Mientras el hombre se alejaba con su alforja al hombro, su esposa miraba al suelo como suplicando una decisión diferente y de pronto estalló como un trueno.

- Hombre egoísta y esposo ingrato - dijo ofendida - fui desobediente a lo que prometimos ser pero me conduje según nuestro sosiego - arremetió ella.

El hombre sorprendido por su reacción no pudo responder. Un incómodo silencio se produjo entre ambos y solo el cantar de los grillos se escuchaba, en la mirada de ella había un hondo pesar.

- Con la misma entereza que cruzas de noche el valle bajo el aguacero, tomé de mí lo que entendí de ti. Ahora todo es claro, no es la aprobación del necio lo que necesito sino la tolerancia de quien sabe respetar.

Dicho esto, la mujer entró a la casa y cerró la puerta.





La mañana siguiente tuvo un cariz distinto e incómodo. Penas y sollozos había en cada rincón de la casa pero mucho por hacer también, eso la mantendría alejada de arrimarse al desconsuelo.

Al abrir la puerta el sol entro junto con la sombra de su esposo. Ella quiso decir algo que no podía expresar y el interrumpió.

- Aquí me quedé toda la noche y las gentes pasaban contentos de la fiesta ¡Felicidades! me gritaron - Tú y ella son un mismo suceso, incluso separados obran como dos - comentaron. Y prosiguió avergonzado.

- Me resistí un instante pero luego me dejé atrapar por la satisfacción, entonces entendí que no era yo o tú sino ambos.

Cuando iba a decir más ella lo interrumpió. - No necesito más, eso basta para terminar y nuevamente comenzar lo que siempre quisimos. Y ambos entraron a la casa juntos de la mano.



WARMIQARI

Primera edición

Impreso en Perú

Lima, diciembre de 2010

Movimiento Manuela Ramos

Av. Juan Pablo Fernandini 1550

Pueblo Libre, Lima

Perú

Producido por

Mirarte Perú S.A.C. ©

Productora General

Nancy Tuesta Altamirano

Escrito por

Michael Pisconte Ramírez

Arte

Mayra Escribano Barriga

Retoque digital

Andy Correa Rodríguez



 **Manuela Ramos**
Una apuesta por la equidad



people
unlimited
HIVOS